

Cancion, advierte

Mi humilde suerte,

Y al duro cielo

No alces el vuelo :

Tu ala rastrera

Cruce ligera

La mar salada ;

Busca á mi amada,

Díle que vivo

Triste y cautivo ;

Que el dulce canto

Trócese en llanto...

Mas su nombre resuena

Al ronco son de la fatal cadena.

PARTE SEGUNDA.

LA SOLEDAD.

Único asilo en mis eternos males,
 Augusta soledad, aquí en tu seno,
 Lejos del hombre y su importuna vista,
 Déjame libre suspirar al menos :
 Aquí, á la sombra de tu horror sublime,
 Daré al aire mis lúgubres lamentos,
 Sin que mi duelo y mi penar insulten
 Con sacrílega risa los perversos,
 Ni la falsa piedad tienda su mano,
 Mi llanto enjüge y me traspase el pecho.
 Todo convida á meditar : la noche
 El mundo envuelve en tenebroso velo ;
 Y aumentando el pavor quiebran las nubes
 De la luna los pálidos reflejos :
 El informe peñasco, el mar profundo
 Hirviendo en torno con medroso estruendo,
 El viento que bramando sordamente
 Turba apenas el lúgubre silencio,
 Todo inspira terror, y todo adula
 Mi triste afan y mi dolor acerbo.
 La horrible magestad que me rodea,

Lentamente descarga el grave peso
 Que mi pecho oprimió: por vez primera
 Se mezclan mis sollozos á mis ecos,
 Y apiadado el destino da á mis ojos
 De una mísera lágrima el consuelo...
 Llanto feliz! Cual bienhechor rocío
 Templa la sed del abrasado suelo,
 Calma la angustia, la mortal congoja
 Con que batalla mi cansado esfuerzo;
 Y en plácida tristeza absorta el alma,
 No envidiará la dicha ni el contento.
 Solo en el mundo de ilusiones libre,
 De vil temor y de esperanza ageno,
 Encontraré la paz que vanamente
 Me ofreció con su mágia el universo.
 ¿Qué importa que á mi planta mal segura
 Aun falte tierra en que estampar su sello,
 Y al carcomido escollo amenazando,
 Me estreche el mar en angustioso cerco?
 ¿No me basto á mí mismo? ¿No me es dado
 Alzar mis ojos sin pavor al cielo,
 Sentir mi corazón que quieto late,
 Y el mundo contemplar con menosprecio?
 Yo ví en la aurora de mi edad florida
 Sus encantos brindarse á mis deseos:
 Gloria, riquezas, cuantos falsos bienes
 Anhela el hombre en su delirio ciego,
 En torno me cerearon: oficiosa

La amistad redoblaba mi contento;
 La pérfida ambicion me sonreía;
 Me brindaba el amor su dulce seno...
 Temí, temblé, me apercibí al combate;
 Demandé á mi razón su flaco esfuerzo;
 Y apénas pude en afanosa lucha
 Rechazar tanto hechizo lisonjero.
 ¡Qué fuera, ó Dios, si al rápido torrente
 Yo propio me arrojára! En presto vuelo
 Pasaron cinco lustros de mi vida,
 Y el cuadro encantador huyó con ellos;
 Huyó, volví la vista, lancé un grito...
 Y en vez de flores encontré un desierto.

EL ÁRBOL DE LA ESPERANZA.

Al pie nace de una cuna
 El árbol de la esperanza;
 Y al son del viento se mece,
 Frágil cual trémula caña:
 Solo un instante por dicha
 Manso el céfiro le alhaga,
 Que el cierzo helado lo seca,
 Y el austro ardiente lo abrasa.
 Crece, da vistosas flores,
 Y el fruto rara vez cuaja:

Cual tierna flor del almendro,
Muere por nacer temprana.

Cuanto mas alto se encumbra,
Mas peligros le amenazan;
Como el cedro que descuella,
Los rayos del cielo llama.

Reposa el águila altiva
En su copa soberana;
Mientras insectos traidores
Están royendo su planta:

Hondas echa las raíces;
Lejos extiende sus ramas;
Y apenas da escasa sombra,
La Muerte su tronco tala.

EL ARBOL DE LA ESPERANZA.

EL RELOX DE ARENA.

¡Cuán rápida descende
La arena ante mi vista;
Y cada leve grano
Lleva un mísero instante de mi vida!

Tardos los juzga el Tiempo,
Y el curso precipita,
Y el frágil vidrio estalla
Entre las manos de la Muerte impía:

Al viento arroja el polvo
Con bárbara sonrisa;
Y amor, gloria, ilusiones
Al borde de la tumba se disipan...

¿Dónde voló mi infancia,
Mi juventud florida,
Mis años mas dichosos,
Mis gustos, mis encantos, mis delicias?

Todo pasó cual sueño;
Todo finó en un día,
Cual flor que al alba nace,
Y al trasmontar del sol yace marchita.

Mi corazon sensible
A la piedad divina,
A la amistad sincera,
Del amor á las plácidas caricias,

Abrió su incauto seno,
Exento de perfidia;
Y la maldad proterva
Clavó con sangre en él duras espinas...

¿Por qué, decid, crueles,
Desgarrais tan aprisa
La venda de mis ojos,
Que el fementido mundo me encubria?

Amar es mi destino,
Amar mi bien, mi dicha;
El cielo bondadoso
Para amar me dió un alma compasiva:

Si aborrecer es fuerza,
 Trocad el alma mía;
 Que el odio y la venganza
 En mi pecho jamás tendrán cabida...
 ¡Así, Dios de clemencia,
 Mis súplicas recibas
 Con tu piedad, y enjugues
 Las lágrimas que riegan mis mejillas!

LA MUERTE.

Al borde está de una tumba
 La inexorable deidad,
 Mal ceñido el negro manto,
 Lívida la horrenda faz,
 Y la planta descarnada
 Sobre una corona real:
 En tablas de bronce y mármol,
 Carcomidas por la edad,
 Apoya el brazo siniestro
 Con terrible magestad,
 Y la historia de cien siglos
 Debajo borrada está.
 Reina en torno hondo silencio,
 Destrucción y soledad,
 Como en el Averno lago
 En que hasta el aire es letal:

Ni al rededor nace yerba,
 Ni osan las aves volar.
 Ante sus ojos perenne
 Arde una luz funeral,
 Cual si la densa tiniebla
 Luchase por disipar;
 Mas apenas la vislumbra
 Entre sombras el mortal,
 Cuando su débil reflejo
 Se pierde en la eternidad!

AL SUEÑO.

Único alivio del mortal infausto,
 Bálsamo dulce del herido pecho,
 Ven, blando Sueño, y mis cansados ojos
 Lánguido cierra!
 Ven, y cobija con tu sgraves alas,
 Dios silencioso, mi apartado lecho,
 De amor un tiempo venturoso nido,
 Mísero ahora.
 Goce adormido en tus tranquilos brazos,
 Al son del viento que las hojas mueve,
 O al sordo ruido de lejana lluvia,
 Plácida calma.

La hermosa imágen de mi dueño ausente
Miren mis ojos y mis brazos ciñan;
Y el dulce néctar de su dulce boca
Ávido beba.

Ni oscura sombra ni mortal gemido
Turben, ó Sueño, mi feliz descanso;
Ni de mi frente en el beleño escondas
Áspero abrojo.

MIS PENAS.

SONETO.

Pasa fugaz la alegre primavera,
Rosas sembrando y coronando amores;
Y el seco estío, deshojando flores,
Haces apiña en la tostada era:

Mas la estación á Baco lisonjera
Torna á dar vida á campos y pastores;
Y ya el invierno anuncia sus rigores,
Al tibio sol menguando la carrera.

Yo una vez y otra vez ví en mayo rosas,
Y la mies ondear en el estío;
Ví de otoño las frutas abundosas,

Y el hielo estéril del invierno impío:
Vuelan las estaciones presurosas...
¡Y solo dura eterno el dolor mio!

INSCRIPCIÓN

PARA EL SEPULCRO DE UN EMIGRADO.

Detente, amigo, y dí: *blanda y ligera*
Esta tierra te sea... si es que puede
Serlo nunca jamas tierra extranjera.

LA MADRE DESVENTURADA.

Junto al tronco que hirió el rayo,
Está la infeliz Dorila,
Y en el aciago torrente
Clavada tiene la vista.
Al hijo de sus entrañas
Perdió la triste en mal dia,
Recuerdo de un caro esposo,
Su único bien y delicia:
Y de entonces la cuitada
Ni sosiega ni respira,
Secos de llorar sus ojos,
Su débil razon perdida.
Ya errante vaga en los bosques,
Como cierva fugitiva;

Ya inmóvil yace en la yerba,
 Sin dar señales de vida:
 Alzase luego azorada;
 Huye, vuelve, corre, grita;
 Acusa al cielo y la tierra;
 Desgarra pecho y mejillas...
 Mas tal vez ilusión breve
 Da tregua á su amarga cuita;
 Teje una cuna de mimbres,
 Y vivo al hijo imagina;
 Sobre la grama le mece,
 Con frescas flores le brinda,
 Y cariñosa le arrulla
 Con esta canción sentida:

« Duerme, tierno niño,

Duerme, dulce amor,

Mientras con las ramas

Te guardo del sol:

La rosa de mayo

Te envidia el color;

Los rubios panales

Tan rubios no son!

Duerme, tierno niño,

Duerme, dulce amor,

Alivio y consuelo

De mi corazón:

Por tí, hijo del alma,

Por tí vivo yo;

Así desde el cielo

Te bendiga Dios!... »

Un quejido dió la triste

Que el pecho se le partía;

Y cuajáronse en sus ojos

Las lágrimas suspendidas:

Otra vez corre al torrente,

Causador de su desdicha;

Y con la cuna en los brazos

Al fondo se precipita.

CANCION GUERRERA

CON MOTIVO DEL LEVANTAMIENTO
 DE LOS GRIEGOS.

Nobles hijos de Esparta y de Atenas,
 De la Patria la voz escuchad;
 Y rompiendo las viles cadenas,
 Del combate las armas forjad.

CORO.

De acero el pecho fuerte,
 De acero el brazo armado:
 Independencia ó muerte,
 Muerte!
 O muerte ó libertad,
 O libertad!

¿No mirais á esos fieros tiranos
Al nacer vuestros hijos sellar;
Aherrojar vuestros padres y hermanos,
Vuestro lecho y amor profanar?

CORO.

De acero el pecho fuerte,
De acero el brazo armad:
Independencia ó muerte,
Muerte!
O muerte ó libertad,
O libertad!

Vuestro campo á otro dueño da fruto;
A otro dueño labrais vuestro hogar;
Y pagais vergonzoso tributo
Porque el aire podais respirar.

CORO.

De acero el pecho fuerte,
De acero el brazo armad:
Independencia ó muerte,
Muerte!
O muerte ó libertad,
O libertad!

El infiel prorumpió en su venganza:
« De mis siervos el Dios dónde está?...
Con blandir en el aire mi lanza,
Al amago en el polvo caerá. »

CORO.

De acero el pecho fuerte,
De acero el brazo armad:
Independencia ó muerte,
Muerte!
O muerte ó libertad,
O libertad!

Sangre inunda las aras divinas;
Sangre miro los campos regar;
Sangre empapan las tumbas y ruinas;
Sangre corre en la tierra y el mar.

CORO.

De acero el pecho fuerte,
De acero el brazo armad:
Independencia ó muerte,
Muerte!
O muerte ó libertad,
O libertad!

¿Qué tardais?.. Al combate, á la gloria!
 No hay ya medio; ó morid ó triunfad:
 Si os negáre el laurel la victoria,
 Del martirio la palma alcanzad.

CORO.

De acero el pecho fuerte,
 De acero el brazo armad:
 Independencia ó muerte,
 Muerte!
 O muerte ó libertad,
 O libertad!

¡Oh portento! En los cielos ya brilla
 Del Señor la gloriosa señal:
 Del infiel se tronchó la cuchilla;
 Y ceñís la corona inmortal.

CORO.

De acero el pecho fuerte,
 De acero el brazo armad:
 Independencia ó muerte,
 Muerte!
 O muerte ó libertad,
 O libertad!

DISCURSO MORAL

SOBRE LOS LÍMITES DE LA RAZON HUMANA.

¡Cuán grande, Aurelio, se presenta el hombre
 No de indignas pasiones vil esclavo,
 Como el cautivo en la africana costa
 Al suelo con cien grillos amarrado,
 Sino libre y audaz, con noble orgullo
 Las alas de su mente desplegando,
 De recorrer ansioso en raudo vuelo
 La tierra, el cielo, el tiempo y el espacio!...
 Al par abarca la creacion inmensa:
 Sigue veloz el curso de los astros;
 Puebla el mar, surca el aire, el globo mide;
 Nueva senda al oriente busca osado:
 Y apenas la descubre, otra ambiciona,
 Y encuentra un mundo en el opuesto ocase.
 Aun aquellos estudios, caro amigo,
 Que el ignorante vulgo juzga vanos,
 Quizá en su seno la semilla encierran
 De los frutos mas ricos y preciados;
 Cual nacer suele corpulenta encina
 De ruin bellota que arrojó el acaso.
 El que observó la fuerza y el impulso
 De impalpable vapor encarcelado,
 Las alas de los vientos dió á la industria,

Movió sin ellos las pesadas naos;
Y otro débil mortal, en pobre albergue
De la ciega Fortuna desdeñado,
Al sacar de un cristal leve destello,
Desarmó al cielo y le arrancó su rayo.

En nuestra propia edad, con nuestros ojos
Tales portentos vemos: asombrados
El campo contemplamos recorrido
Desde la infancia del linage humano;
Y otro mayor, sin límites, inmenso,
Mas allá de los siglos columbramos!

¿Te envaneces, Aurelio?... Un breve instante
Replégate en tí mismo; y si te es dado
Un misterio sondar, uno tan solo
De tantos y tan íntimos arcanos
Como en el hombre mísero se encierran,
De tu débil razon muéstrate ufano.

¿Quién piensa en tu interior? ¿Qué fuerza mueve
Tu voluntad, tu cuerpo, un solo brazo?
¿Dónde se alberga tu memoria? ¿En dónde
Su imágen graban los objetos varios
Que te circundan? La vejez, los males,
¿Cómo van el reflejo amortiguando
De ese ser inmortal, hijo del cielo,
Que no cabe del mundo en los espacios?
¿Dó estaba al nacer tú? ¿Cómo á tus miembros
Unirse pudo en tan estrecho lazo?
¿Quién lo desata luego? ¿A dónde vuela,

Del sepulcro los límites salvando?...
Yo tambien, como tú, mancebo un día
De altivo pecho y corazon hidalgo,
Mi incomprendible ser penetrar quise,
De mi ciega ignorancia sonrojado:
Demandé á la razon su opaca antorcha,
La empuñé audaz, precipité mis pasos;
Mas al bajar á tan profundo abismo,
Faltóle el aire y se apagó en mi mano.

No empero desistí del loco empeño:
De mi flaca razon desconfiado,
Nueva senda tenté; recorrí ansioso
Las ruinas de cien pueblos celebrados;
Removí los escombros de los siglos,
El tesoro buscando de los sabios;
Y en pórticos, en templos, en liceos,
Solo encontré ceniza y polvo vano.

Una noche... (recuérdolo ya apenas,
Y aun me infundé tristeza el recordarlo)
Libre dejé vagar mi fantasía
Por lejanas regiones: de los magos
La oscura ciencia, como el mundo antigua...
El saber del Egipto, al vulgo insano
Vedado siempre, y con teson y audacia
Desde el Nilo á Grecia trasplantado...
Roma pidiendo humilde á los vencidos
Leyes, aras, doctrinas... de Bizancio
Hirviendo el seno en frívolas disputas,

Mientras sus puertas rompe el otomano...
 Error, delirio, vanidad, miseria,
 El imperio del mundo disputando;
 Y siempre el hombre, deslumbrado, ciego,
 Corriendo tras un triste desengaño...
 Al grave peso, á la mortal angustia,
 Mi mente se rindió; torpe letargo
 Se apoderó de mis cansados miembros;
 Y aun zumbaba en mi oido un rumor vago,
 Como al huir la horrisona tormenta
 Retumba el trueno en el confin lejano.
 «Oid la verdad, mortales!... Calla, alevé!
 Yo la encontré!... Yo solo!... Error!... Engaño!...
 Seguidme!.. Vedla aquí!... Muera el impío!..
 Lejos, lejos del templo los profanos!... »
 Y entre el ronco clamor gritos de muerte,
 Y en la oscura tiniebla serpeando
 Relámpago fugaz, que no alumbraba,
 Y abrasaba los pueblos y los campos.
 A las discordes voces y alaridos,
 Al confuso tropel, á los estragos
 Que con mis propios ojos ver creía,
 Me faltó el respirar; secos mis labios,
 En vano clamar quise: « detenéos;
 Infelices, ¿qué haceis? ¿No sois hermanos? »
 Ellos en su delirio proseguian;
 Y al abismo bajaban despeñados
 Los unos tras los otros, cual las olas

Se estrellan cantra el límite vedado:
 Mas al fin, en las márgenes del Sena
 De clara aurora el resplandor brillando,
 Una sonora voz anunció al mundo
 De la razon el siglo fortunado:
 Grata esperanza rebosó en los pechos;
 Olvidó el hombre su penar amargo;
 Y esperó ansioso libertad, ventura,
 Cual blanda lluvia los sedientos campos.
 ¡ Vana ilusion ! Usurpan las pasiones
 De la razon el cetro soberano;
 Y apiñando cadáveres y escombros,
 En vez de altar le erigen un cadalso.
 De víctimas culpadas ó inocentes
 Allí corre la sangre en holocausto;
 Y los mismos verdugos se proclaman
 De la razon pontífices sagrados:
 « *No hay Dios* (gritan impíos); *en la tumba*
La nada envuelve al justo y al malvado... »
 Y al descargar la bárbara cuchilla,
 Feroz sonrisa horrorizó en sus labios.
 Déjame al menos, deja que respire...
 ¡Ay! Tú no has sido, Aurelio, desdichado;
 No sabes, no, qué bálsamo es al alma
 El consuelo de un Dios, que seque el llanto
 De tus ojos, que escuche tus suspiros,
 Cuando te ves del mundo abandonado!
 ¿Gimes solo? Él te vé; su acento es ese

Que responde á tu acento; él con su mano
 Tus hierros aligera; él te sostiene
 En el mismo suplicio... Y si al amago
 De la muerte vacila tu constancia,
 Y atras vuelves el rostro con espanto,
 Él ofrece piadoso á tu inocencia
 Eterna paz, inmarcesible lauro,
 Una patria mejor... donde no alcanza
 El brazo ni la voz de los malvados.

FANTASÍA NOCTURNA.

« Para mí da la tierra tantos frutos;
 Nada el pez, paze el bruto, el avé anida;
 Dos mundos ciñe el mar; luce la luna,
 Alumbra el sol, y las estrellas brillan... »
 Así en la humilde grama reclinado,
 Vuelta al cielo la frente envanecida
 Soñaba el hombre, y de natura toda
 Señor, árbitro y dueño se imagina.

En la copa de un álamo cercano
 Un águila caudal posaba altiva;
 Tal como ardiendo el rayo entre sus garras,
 Al pie de Jove se ostentára un día:
 « ¿Quién como yo? (con su ademan clamaba)
 Las aves por su reina me apellidan:
 Si me place abatirme hasta la tierra,
 Cruzo de un vuelo la region vacía;

Y el rumor de mis alas al ganado
 Y al mísero pastor atemoriza:
 Si me place, remóntome hasta el cielo;
 Clavo en el sol la penetrante vista;
 Y la nube que aterra al débil hombre,
 Miro bajo mi planta suspendida. »

Al pie del árbol mismo, entre la yerba,
 La luciérnaga apénas relucía;
 Mas no menos sus títulos de gloria
 Recordaba á la par desvanecida:

« Los prados me dió el cielo por recreo,
 Las flores por morada y por delicia;
 Para mí sola el céfiro las abre,
 Las tiñe el sol, y el alba las rocía:
 Me apaciento en la tierra como el bruto;
 Las alas bato como el ave altiva;
 Doy luz al hombre, que camina á ciegas;
 Y alguna estrella mi esplendor envidia. »

Entre tanto los astros lentamente
 Por el cielo su curso proseguian;
 La tierra reposaba silenciosa;
 El mar en la ribera se dormía...
 Mas con un soplo el viento meció el árbol,
 Y al águila ahuyentó despavorida;
 Desgajóse una rama, y turbó el sueño
 Del que señor del orbe se creía;
 Y al miserable insecto hundió en el polvo
 Una hojilla del árbol desprendida.

LA TORMENTA.

¿Hubo un día jamás, un solo día,
 Cuando el amor mil dichas me brindaba,
 En que la cruda mano del destino
 La copa del placer no emponzoñara?
 Tú lo sabes, mi bien: el mismo cielo
 Para amarnos formó nuestras dos almas;
 Mas con doble crueldad, las unió apénas,
 Las quiso dividir, y las desgarró.

¿Cuántas veces sequé con estos labios
 Tus mejillas en lágrimas bañadas,
 Tus ojos enjugué, y hasta en tu boca
 Bebí ansioso tus lágrimas amargas!
 Con suspiros tristísimos salían
 Mezcladas, confundidas tus palabras;
 Y al repeler mi mano con latidos,
 Tu corazón desdichas presagiaba...

Todas, á un tiempo, todas se cumplieron:
 Y si tal vez un rayo de esperanza
 Brilló cual un relámpago, el abismo
 Nos mostró abierto á nuestras mismas plantas.
 ¿Lo recuerdas, mi bien? Morir unidos
 Demandamos al cielo en noche aciaga,
 Cuando natura toda parecía
 En nuestro daño y ruina conjurada:

La tierra nos negaba hasta un asilo;
 La lluvia nuestros pasos atajaba;
 Bramaba el huracán; el cielo ardía,
 Las centellas en torno serpeaban...

¡Ay! ojalá la muerte en aquel punto
 Sobre entrambos el golpe descargara,
 Cuando sin voz, sin fuerzas, sin aliento,
 Te sostuve en mis hombros reclinada.
 «¿Qué temes? Vuelve en tí; soy yo, bien mio;
 Es tu amante, tu dueño quien te llama;
 Ni el mismo cielo separarnos puede:
 O destruye á los dos, ó á los dos salva.»
 Inmóvil, muda, yerta, parecías
 De duro mármol insensible estatua;
 Mas cada vez que retumbaba el trueno,
 Trémula contra el seno me estrechabas;
 En tanto que por hondos precipicios,
 Casi ya sumergido entre las aguas,
 A pesar de los cielos y la tierra
 Conduje á salvo la adorada carga...

Hora ¡ay de mí! por siempre separados,
 Sin amor, sin hogar, sin dulce patria,
 El peligro mas leve me amedrenta;
 La imágen de la muerte me acobarda;
 Ni habrá un amigo que mis ojos cierre;
 Veré desierta mi fatal estancia;
 Y solo por piedad mano estrangera
 Arrojará mi cuerpo en tierra estraña.

HIMNO SACRO.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
 Cantemos su poder y su bondad:
 Al débil da la palma y la victoria;
 Confunde la altivez y la maldad.

Tú diste luz al vasto firmamento,
 Su asiento al mundo, su lindero al mar;
 Su trono al sol, sus alas diste al viento;
 Los cielos ves bajo tus pies rodar.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
 Cantemos su poder y su bondad:
 Al débil da la palma y la victoria;
 Confunde la altivez y la maldad.

Tu diestra vierte el aura y el rocío;
 Conduce el trueno, el rayo en tempestad:
 Da pompa á mayo, y mieses al estío,
 Riqueza á octubre, á enero magestad.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
 Cantemos su poder y su bondad:
 Al débil da la palma y la victoria;
 Confunde la altivez y la maldad.

Sonó tu acento; y descubrióse el mundo.
 Tus obras llenas de tu gloria están;
 La tierra, el aire, el fuego, el mar profundo
 Augusta muestra de tu ciencia dan.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
 Cantemos su poder y su bondad:
 Al débil da la palma y la victoria;
 Confunde la altivez y la maldad.

Cual fuerte cedro encúbrase el potente;
 Su altiva cima al cielo toca ya:
 Igual á tí proclámase insolente;
 Moviste el labio... ¿en dónde, en dónde está?

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
 Cantemos su poder y su bondad:
 Al débil da la palma y la victoria;
 Confunde la altivez y la maldad.

Estalla y cruje un polo y otro polo
Al dar el Angel la postrer señal:
Quedó el sepulcro des poblado y solo;
Revivió el polvo y se tornó inmortal.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
Cantemos su poder y su bondad:
Al débil da la palma y la victoria;
Confunde la altivez y la maldad.

Jehová!.. Jehová!.. Los cielos se estremecen;
Cercado está de fuego y magestad:
Mil siglos, mil, á un soplo desaparecen....
El tiempo fue: nació la eternidad.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
Cantemos su poder y su bondad:
Al débil da la palma y la victoria;
Confunde la altivez y la maldad.

DISCURSO MORAL.

SOBRE LA PAZ DEL ÁNIMO.

¿Oyes ese rumor de ciega plebe,
Que inquieta hierve en pórticos y plazas,
Mientras la envidia, el odio y la calumnia
Para saciar la sed, sangre demandan?...
Del tribunal las puertas se estremecen,
Del tropel á las recias oleadas;
Y hasta en los mismos templos de los Dioses
Con ahullidos se invoca su venganza!...

En tanto reclinado sobre el lecho,
Reflejando en la faz la paz del alma,
A sus caros discípulos y amigos
Por la postrera vez Sócrates habla:
Uno en el manto la cabeza envuelve,
Para ocultar sus lágrimas amargas;
Mira otro al cielo y su injusticia acusa;
Y otro los ojos en la tierra clava.

Solo él tranquilo, plácido discurre;
La ingratitud perdona de su patria;
Y á sus fieles amigos aterrados
Consuela con dulcísimas palabras:
Mas allá del sepulcro vé un reflejo,
Que de su pecho alienta la esperanza.
Y con sereno rostro y labio puro